

ALFAGUARA

© Del texto: 2014, Esteban Cabezas

© De las ilustraciones: 2014, Leonardo Ríos

© De esta edición:

2014, **Santillana del Pacífico S.A. Ediciones.**

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

Teléfono (56 2) 2384 30 00

Telefax (56 2) 2384 30 60

www.librosalfaguarainfantil.com/cl

ISBN: 978-956-152-421-7

Nº de inscripción: 243.009

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: julio 2014

Diseño de la colección: Manuel Estrada

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia • Costa Rica •
Chile • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala • Honduras •
México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal • Puerto Rico •
República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El horroroso monstruo lindo

Esteban Cabezas

Ilustraciones de Leonardo Ríos

ALFAGUARA

■ Comienzo y advertencias ■

Esta es una historia triste como un perro sin su árbol.

Es tan triste como la pelota que nunca hizo un gol.

Tan pero tan triste como un postre amargo o una papa frita latiguda.

Triste triste triste porque esta es la historia de un monstruo que nació lindo.

Puede que muchos de ustedes estén diciendo: “¡Qué amor, un monstruo lindo!”, “¿dónde se puede comprar?”, “¿es peludito y hace ruiditos tiernos?”, “¿qué hay que darle de comer, ah?”.

Bueno, primero que todo, no se puede comprar porque no es un juguete, niños lesos (o niñas lesas). Aunque de que era lindo y peludito y que hacía ruiditos tiernos, es verdad. Pero no nos adelantemos, aún hay muchos detalles

importantes y previos en esta historia tan extraña y singular. Silencio y concentración, ¿OK?

¿Alguna vez han visto a personas adultas cuando toman a una guagua en sus brazos? Se ponen como locas. Y aunque la guagua esté toda roja, inflada y con olor a pañal sucio, siempre pero siempre dicen: “¡¡Qué cosa más linda!!”

¿¡Linda!?! ¿Linda esa cosa que llora de noche y que duerme todo el día? Nooo. Esa es una falsedad absoluta. Sin embargo, nadie puede dejar de mentir frente a una guagua recién nacida, aunque parezca un pan de pascua humano. A lo mejor creen que si reconocen que la guagua es fea, el papá de la criatura les pegará un combo y la mamá una patada en alguna parte muy dolorosa. Pero también hay otra teoría al respecto, y tiene que ver con la esperanza generalizada de que ese bicho chillón cambie al crecer y, ojalá, llegue a transformarse en algo menos horripilante... como en el cuento El Patito Feo. Aunque

no hay que olvidar que hay niños que siguen igual de feos al crecer: esa es la pura verdad.

Sin embargo, todo esto es lo que pasa en el reino de los humanos, no en Isla Viscosa...



En el reino de los monstruos, para desgracia de ellos, a veces nacen guaguas realmente bonitas: son todo sonrisas, ronroneo y ternura. ¡Si hasta sus peos tienen olor a flores del campo y nunca nunca lloran! Solo saben reír y gorjear. Y es ahí cuando todos los monstruos adultos dicen: “¡Uyyy, qué guagua más fea!”, “les salió horrible”, “es un verdadero engendro, felicitaciones”. En estos casos, los papás igual sufren, porque saben que son solo mentiras piadosas y que, con un poco de paciencia, algún día esa tierna bola de pelos se convertirá en lo que debería ser: un espanto. Y eso porque nunca falta algún detalle esperanzador en el recién nacido, alguna cola puntiaguda o una mordida capaz de cortar un hueso; algo ligeramente monstruoso que debiera desarrollarse con el tiempo.

Eso es lo típico, lo habitual. Pero lo típico y lo habitual no siempre ocurre. Como en el caso de la familia Puaj.

Los papás Puaj eran Horry Puaj y Espanta Puaj, una pareja feliz y peluda, de

monstruosas uñas (tentáculos también) y dientes muy filudos. Por ser grandes, fétidos y provocar mucho susto, eran considerados unos excelentes vecinos en su barrio. Aunque, claro, “excelentes” para ser monstruos, porque para los humanos no lo eran: de encontrarse con alguno, lo más probable es que ellos huyeran de puro susto.

Los Puaj estaban felices, ya que pronto nacería su primer hijo. Doña Horry había puesto su huevo y solo quedaba esperar a que el pequeño rompiera el cascarón.

Don Espanta estaba bastante nervioso y fumaba sin parar cigarros de bosta de vaca para calmar sus nervios (fumar está mal, por eso los monstruos lo hacen). Se daba vueltas y vueltas por la habitación, alrededor de la cuna donde estaba el huevo de color morado oscuro del que saldría su hijo o hija. Entretanto, mamá Puaj tejía un gorro para proteger los cachos de su bebé (las guaguas monstruo nacen con cachos para poder romper el

huevo. Después se les caen y los ponen debajo de la almohada, para que el hada de los cachos les deje un dulce podrido a cambio).



“¡No puedo esperar más!”, decía el papá monstruo impaciente, mientras intentaba comerse sus pezuñas, demasiado duras. “Ten paciencia, mi odior”, lo calmaba Horry, concentrada en su tejido.

Entonces se escuchó un crujido.

Y luego otro. Y el cascarón comenzó a romperse.

“¿Será una monstruita?” —dijo ella.

“¿Será un monstruito?” —se preguntó él.

Crac, crac, crac.

El cascarón se abrió y una pequeña bola de pelos abrió sus ojitos antes de proferir su primer agú.

Oh, no...

El recién nacido era tan pero tan pero TAN tierno que era imposible verlo sin suspirar de puro amor. Los pobres Puaj, en cambio, gruñeron terroríficamente. Y es que, de inmediato, se dieron cuenta de que tenían un problema entre manos. Uno realmente grande.

Grandes problemas, grandes soluciones

Para que sigan entendiendo la mentalidad de los monstruos, hay que aclarar que no es demasiado diferente a la de los humanos: viven en ciudades, trabajan para ganar su dinero y toman vacaciones una vez al año. Cuando son niños, juegan y estudian, hasta que se enamoran, se casan y arman una familia... para luego seguir trabajando y tomar vacaciones una vez al año.

En general, son muy humanos, excepto en su aspecto y en sus repugnantes costumbres alimentarias.

En Isla Viscosa gobernaba el gran Feoncio I, quien vivía en el castillo real y mandaba con garra dura. Para el que tuviera alguna duda, en todos lados —ya fuera en fotos, cuadros o estatuas— estaba su siniestra (como debía ser) figura. A

primera vista, era un país igual al nuestro, hasta que uno veía a sus habitantes: en ese pedazo de tierra, rodeado por un mar pantanoso, vivían en paz todo tipo de criaturas sorprendentes. Y de su paz, algo forzada, el responsable era su rey.

Una de las leyes más duras e inquebrantables dictadas por Feoncio I era la Ley Fea, motivo de orgullo para el gobernante. Antes de su llegada al poder, solía tolerarse a los monstruos que no fueran tan horribles, hediondos o maleducados. No era lo ideal, obvio, pero igual se les permitía vivir dentro de la Isla Viscosa. Sin embargo, con la aparición de la Ley Fea se prohibió que los súbditos fueran menos que horribles e indeseables, por lo que los infractores (es decir, aquellos monstruos lindos, buena onda, poco hediondos o que no causaran susto) comenzaron a ser encerrados en las amplias cárceles que se mandaron a construir.

Antes, a los habitantes de Isla Viscosa se les hacían exámenes de

fealdad, pruebas de ferocidad y test de mal olor durante su período escolar. Quienes obtenían mayores puntajes, podían aspirar a tener mejores trabajos, y los que eran menos monstruosos, debían conformarse con lo que les tocara... Esto hasta que apareció la Ley Fea, que los declaraba definitivamente como “no-monstruos”.

Cuando los Puaj vieron a su hijo recién nacido —al que llamaron Simón—, eso fue lo primero que se les vino a la cabeza: a partir de ese instante, tendrían que empezar a vivir en la ilegalidad.

El ayudador de la familia

La llegada de un nuevo hijo siempre es motivo de alegría. O al menos eso es lo que dicen los adultos. Pero los papás Puaj no podían esconder su miedo ni se atrevían a tomar a esa sonriente bola de pelos que era su hijo recién nacido.

¿Y si se encariñaban con esa criatura condenada a ser fugitiva de la ley? ¿No era mejor deshacerse de ella de inmediato? Pero ¿cómo? ¿Quién recibiría a esa peligrosa hermosura?

Los Puaj habían visto en alguna ocasión bebés con detalles agraciados, pero el suyo superaba cualquier medición de belleza: era franca, impresionante y gloriosamente bonito, perfecto, dulce y simpático. Un bombón. Y aunque igual tenía un par de cachos, la esperanza se esfumaba al observar el conjunto.

Los Puaj se miraban y luego observaban a su hijo. Se miraban de nuevo y volvían a observar al recién nacido. De repente, la pequeña bola de suaves pelos lanzó un gruñido ronco y profundo que despertó, sin dudas, el instinto maternal de la señora Puaj. Porque esa especie de eructo alimentó una ilusión que parecía imposible: que desde lo profundo de su hijo surgiera, algún día, el verdadero monstruo que habitaba en su interior.

Fue entonces cuando ambos padres tomaron y abrazaron a la criatura. No pudieron evitarlo, aunque parezca una película cursi: era su hijo, fuera lo que fuera y pasara lo que pasara. Desde ese instante, comenzaron a maquinarse todo lo imaginable para protegerlo y lograr que creciera fuerte, sano y seguro, como un Puaj hecho y derecho.

Mientras mamá Puaj balanceaba en sus tentáculos al pequeño retoño, papá Puaj puso garras a la obra. Tomó el monstruófono y llamó a un antiguo amigo de la escuela. Pero no a cualquiera, sino a

ese que siempre estaba vendiendo a sus compañeros lo que más necesitaban: lápices, alguna goma, carta con poderes o, si tenían cómo pagarla, una apesadumada carta de amor.

Y es que no era simplemente un antiguo amigo ni cualquier monstruo. Formaba también parte de la familia. Ese monstruo —que será vital en esta historia— se llamaba Feti y era, como decía en el cartel ubicado sobre la puerta de su pequeña tienda, un “Consiguelotodo”.

Garras y tentáculos a la obra

Desde el mismísimo momento en que el bebé Puaj cumplió su segundo día de vida, el tío Feti (por si no se habían dado cuenta, era el hermano del papá) se instaló a vivir en esa casa. Trajo consigo una maleta en la que no venía ropa, sino una gran cantidad de instrumentos y herramientas. Apenas la abrió, sacó de ella una tremenda lupa, con la que se acercó a explorar a su nuevo sobrino. Muy de-ta-lla-da-men-te.

El pequeño estaba acostado en su cuna y movía sus patitas casi con ritmo. Al ver el ojo gigante de su tío, ampliado por la lupa, en vez de gruñir o llorar se puso a reír mientras tocaba la lente con sus dedos. El tío siguió observando cada detalle en el cuerpo de este singular monstruo: analizó sus diminutas orejas,



apretó suavemente cada uno de sus dedos y le levantó los párpados para inspeccionar sus pupilas. Le abrió la boca y, como si supiera qué debía hacer, el niño sacó una lengua redondeada y de color rosa pálido. Al poco rato, no quedaba claro quién observaba a quién.

Los papás Puaj estaban parados en una esquina del cuarto, guardando un silencio absoluto y abrazados fuertemente mientras eran testigos de este examen.

Hasta que el tío se dio media vuelta y exclamó: “¡Por suerte se me ocurren algunas soluciones, porque tenemos un gran problema aquí! Y es que mi sobrino es... es... realmente lindo”.

—Eso ya lo sabemos, hermano.

—Qué bueno que lo tengan claro, porque habrá mucho trabajo por hacer.

—No hay problema, Feti. Haremos todo lo que sea necesario para que nuestro hijo sea feliz, pese a su condición.

—Entonces, garras a la obra. Tendré que explicarles cómo será la vida en esta casa a partir de hoy.

Maestros de la mentira

A pesar de un montón de complicaciones que ni se imaginan, nuestro protagonista creció muy feliz durante años. Y es que era imposible que este niño estuviera triste si era tan querido, mimado y protegido por sus padres. Por eso, Simón Puaj tenía un brillo especial que, sumado a su aspecto, lo hacía más lindo aún. Finalmente, nada pudo evitar que siguiera embelleciendo.

Pero todo esto era dentro de su casa, porque antes de cruzar la puerta para salir, Simón debía ponerse una serie de disfraces, hechos por su tío, que lo transformaban en un monstruo aceptable, o al menos en uno digno de causar un mínimo susto. Uñas artificiales, cejas pinchudas, dientes postizos, lentes de

contacto inyectados de sangre y perfume de orina sulfurosa, por si las moscas (o, mejor dicho, para las moscas). Una verdadera coraza que lo protegía de aquella maldita Ley Fea. Camuflado así, podía juntarse a jugar con sus amigos del barrio, sin que sospecharan de su secreto.

Y es que Simón sabía cuál era el riesgo que corría. Cuando pequeño, en la casa de al lado vivían los Oliscosos, una pareja de monstruos feísimos y desordenados, cuyo hijo se llamaba Bob. Él era un año mayor que Simón, por lo que muchas veces jugaban juntos. Uno de esos días, al volver a su casa todo sudoroso, su tío se le acercó para reprenderlo:

— Simón, debes ser más cuidadoso con tu amigo, ¿entendiste?

— ¿Más cuidadoso en qué, tío?

— En que no te descubran. Además, tu amigo es algo extraño... es como si en su mirada no hubiesen ganas de asustar.

— ¡Pero es que estábamos jugando!

— La Ley Fea exige que los monstruos jueguen con rudeza. Y esa ley no es ningún juego, ¿me entiendes?

— Sí, tío, entiendo.

— Y ojalá que tu amigo lo entienda así también. No me sorprendería que estuviese ocultando el mismo secreto que tú.

En todo este tiempo, su tío y sus padres lo habían preparado para ser un monstruo de verdad. Le enseñaron a rugir (esto aún no le salía del todo bien), le aconsejaron qué comer para ser más hediondo y le inventaron nuevos disfraces para verse feroz. Todos fueron los directores de una obra teatral en la que Simón era el único protagonista, y él no podía fallarles: su desgracia era la desgracia de ellos.

Sin embargo, tras la muerte de Feoncio I (que tuvo un ataque al corazón y siguió gobernando con el otro, hasta que también se le paró), el peligro en Isla Viscosa disminuyó. Su heredero, Feoncio II, quien había sido coscacheado en

público más de una vez por su padre, era un poco más tolerante (tolerante significa “buena onda”). De hecho, no continuó con la costumbre de poner estatuas gigantes suyas en todas las ciudades, como sí lo había hecho su padre. A su propia madre solo se la conoció por cuadros y obras de arte hechas en su honor (y quienes las vieron, quedaron casi ciegos). Ni cuando la enterraron junto a su adorado Feoncio I (a ella le explotó la cocina mientras hacía sopa de babosas) pudieron ver su cara en el ataúd (mejor, porque era francamente fea. Y después de la explosión quedó peor).

A pesar de lo anterior, el nuevo rey determinó que en una pequeña isla cercana, llamada Isla Forúnculo, se construyera una especie de cárcel para quienes violaran la Ley Fea. Así, muchos de los culpables terminaban allí (en algunos casos junto con sus parientes), donde debían encargarse del cultivo de repollos negros, coliflores musgosas y espárragos pilosos, fuentes naturales de

todo tipo de gases y aromas tan queridos por el pueblo monstruoso. Era un trabajo forzado, pero por lo menos a la luz de un sol que no entraba en las antiguas cárceles.

De esto se enteró rápidamente Simón, cuando sus vecinos fueron enviados a esa isla. Fue después de que Bob —el mismo del que desconfiaba su tío— no pasara el test oficial de aullidos y gruñidos, por lo que fue examinado, descubierto y exiliado junto con sus padres, los Oliscosos.

Simón salió a despedirlos cuando se los llevaron. La última imagen que tuvo de su vecino fue agitando sus dos brazos (antes tenía cuatro) diciéndole adiós.



Por más cambios que se hubieran producido, la misma maldita ley seguía pendiendo sobre la cabeza de nuestro pequeño protagonista. Y si cuando nació su destino era terminar en una celda, ahora sabía que lo esperaba –si fallaba en sus exámenes– una isla, muy lejos de sus amigos.

¿Se imaginan ustedes, niños humanos, creciendo con esa carga durante años? Uf, creo que les resultaría muy difícil ponerse en el pellejo peludo de Simón, soportando esa presión.

Y ese peso aumentaría más temprano que tarde: dentro de una semana, Simón debía ingresar a la preparatoria Viscosa, donde su disfraz se exponía a ser descubierto y destrozado, porque los monstruos de los cursos superiores molestaban a los recién llegados. Así, todos estos años de mentira podían quedar en evidencia.

Sus papás sabían que esta situación era inevitable. Los mandatos eran muy claros al respecto: educación para todos y

todos con la educación. No había forma de esquivar el problema. No había.

Simón intentaba tranquilizarlos. Medio convencido, medio asustado, les decía: “Ya sé cómo oler a huevo podrido”, “Puedo llegar a lucir como zombi en solo una hora”, “¡Nunca se me han caído los colmillos en público!”, “Tengan confianza en que nada malo malo me va a ocurrir”.

Esa última fue la frase clave que quedó resonando en la casa de los Puaj... hasta que llegó la mañana en la que Simón tuvo que partir y dejar atrás a su familia y a su barrio. Sus padres lo abrazaron y su tío revisó con detención que cada parte de su disfraz estuviera lo suficientemente adherida.

Había pasado una infancia con duros años de adiestramiento. Años en los que Simón entendió que su aspecto no solo era considerado distinto, sino también como un error de la naturaleza, algo reprochable y que, por lo tanto, debía ser perseguido y eliminado.

Un extraño día de clases

Simón iba arrastrando las patas en dirección a su primer día de escuela. Llevaba su colación, compuesta de barritas energéticas de gusanos y un termo con jugo podrido de multifrutas. Pero esto no le interesaba en lo más mínimo, porque sus instintos estaban alertas frente a cualquier riesgo que pudiera aparecer. Por eso dio un salto cuando sintió una garra en su hombro.

—Hola, Simón, ¿también es tu primer día de clases?

Al darse vuelta y reconocer a quien le hablaba, soltó un respiro—gruñido, tal como le había enseñado su papá: “Nada de fragilidades, por dentro eres un monstruo igual que todos”. Y así se comportó con el otro recién llegado.

—¡Hola, Apestoso!, no te veía hace mucho, desde que ibas a nuestro barrio a jugar con tu primo Grasoso.

—Es verdad, pero ahora nos encontraremos más porque nos acabamos de mudar cerca de esta escuela.

—Será un disgusto verte más seguido.

—¡Lo mismo opino, Simón!

Y en eso estaban, conversando como un par de monstruos escolares, cuando comenzó a armarse un gran alboroto en la entrada de la escuela. Un camión de las noticias llegaba al mismo tiempo que algunos guardias del castillo (de esos que se visten de negro, usan lentes oscuros y aparecen de quién sabe dónde), quienes iban apartando a los alumnos de la puerta principal.

—¿Qué pasa aquí, Apestoso?
—preguntó Simón, preocupado de que lo registraran esos monstruos de negro.

—Es la princesa Horrenda que llega de forma muy anónima, como te darás

cuenta. Ella estará en nuestra misma escuela y este también es su primer día de clases.

— Pero ¿y por qué no se queda en su castillo?

— Es que su padre, el supremo Feoncio II, dice que nuestras escuelas son tan buenas que hasta su hija debe asistir a ellas. Bueno, con un pequeño apoyo de seguridad extra.

En ese instante llegó un tanque rosado del que se bajó la hija del rey. Y ella, a primera vista, no era tan tan horrible. Era solo muy fea, con unas grandes alas de vampiro y cuatro ojos que pestañeaban en todas direcciones, observando a quienes quisieran admirarla. Justo entonces se acercó un periodista de Monstruovisión para hacerle algunas preguntas a la protagonista de la jornada.

— Princesa, ¿cómo se siente?

— Espantosamente bien.

— ¿Es este el peor día de su vida?

— Aún no, porque espero tener más

de un pésimo rato antes de que caiga el sol.

— ¿Teme usted a la acción de aquellos opositores a su padre, quienes amenazaron con raptarla?

— ¿Ah? ¿Qué me está diciendo?

En menos de dos segundos los guardaespaldas reales habían agarrado al periodista y lo habían lanzado lejos, donde otro par de monstruos de negro lo tomaron de los tentáculos y lo arrastraron hasta un retén móvil estacionado allí cerca. Todos estaban mirando en dirección a la eficiente maniobra, por lo que nadie se percató de dónde salió un verdadero batallón de monstruos enmascarados que comenzó a lanzar dardos tranquilizantes a los guardaespaldas reales. Algunos profesores gritaban “¡Alumnos, al suelo, de inmediatooooo!”, mientras una turba de atacantes anónimos se dividía en grupos, como adiestrados monstruos ninja, reduciendo la seguridad para cumplir su objetivo: raptar a Horrenda.



Simón y Apestoso miraban todo esto desde el suelo, ya que al primer grito obedecieron y se tiraron de guata para proteger sus peludos pellejos. En medio del caos, Simón creyó escuchar algo así como: “Mantente abajo, Simón”. Fue extrañamente extraño. Luego, con el rabillo del ojo, alcanzó a ver a uno de los comandos alejándose con pistolas de dardos en sus cuatro manos.

Desde allí mismo fueron testigos del perfecto complot que fue derribando a todos los guardaespaldas (y a más de algún profesor que no se agachó),

mientras los subversivos atrapaban a la princesa y le ponían un pañuelo en la boca para adormecerla antes de meterla a un auto que apareció a toda velocidad.

No fueron más de tres minutos.

Nadie atinaba a pararse una vez que se fueron todos los enmascarados. Pasó un buen rato, hasta que el director se levantó, algo asustado, y comenzó a impartir órdenes a todo el mundo, exceptuando a los que estaban desmayados, obvio.

— Todo indica que hoy no tendremos clases — comentó Apestoso.

— Así parece — respondió Simón.

Estado de peligro feo

“Ese sí que fue un inolvidable primer día de clases”, comentó riéndose el tío Feti. Los Puaj no estaban tan alegres, pero sí algo más aliviados. Aunque fuera por solo un día, se aplazaba el peligro que los rondaba. Simón era el de emociones más confusas, ya que se daba cuenta de que su problema personal, su gran problema personal, había pasado a un segundo, tercer —o quién sabe a cuál— lugar de importancia, mientras no se supieran noticias de la princesa Horrenda.

—Debe haber sido el Comando Cosmético —opinó Feti.

—¿Y esos quiénes son, tío?

—Acércate para poder contártelo —dijo el tío Feti en voz baja, y luego, guardando silencio por un minuto para dar mayor teatralidad al momento, señaló—:

Es un grupo que ha destruido algunas estatuas de don Feoncio I, pero lo más importante es que acogen a los monstruos bonitos que pasan a la clandestinidad y que no quieren terminar en Isla Forúnculo. Todo esto, siempre y cuando vengan acompañados de sus padres. Es que tampoco son una guardería, ¿me entiendes?

—¿Y por qué nunca me habías hablado de ellos?

—Porque tu padre no está de acuerdo con sus métodos.

En ese instante, una sirena invadió la noche, mientras un vehículo volador iba transmitiendo el siguiente mensaje:

“Ciudadanos de Isla Viscosa, se ha declarado toque de queda para todos los habitantes. Deben permanecer en sus casas y no salir de ellas entre las 10 de la noche y las 6 de la mañana. Quien desobedezca esta orden será detenido y encarcelado por orden de su majestad Feoncio II. Asimismo, en el día de hoy, su excelencia se dirigirá al país por

Monstruovisión a la misma hora en que comience la prohibición de salir”.

— Al parecer, alguien quiere cambios en nuestra isla — dijo Feti.

— Al parecer, alguien quiere meterse en problemas y también causárselos al resto — gruñó Espanta Puaj.

— No entiendo que opines así, mi horror; sin esa Ley Fea no viviríamos con el miedo a que descubran a nuestro niño.

— Eso es verdad — opinó Feti, desviando de inmediato su mirada de la cara agria y espeluznante de su hermano.

— Pero es que siempre debe haber un orden, ¡si no, todo sería anarquía! — respondió papá Puaj—. Con los Feoncios hemos vivido tranquilamente, a pesar de todo.

— ¿Qué es la anarquía, papá?

— Es cuando hay caos y confusión; por ejemplo, cuando los delincuentes hacen lo que quieren y roban y hasta matan a otros monstruos, porque no le temen a nadie ni a nada.

— Ah, ¿entonces quiere decir que ahora no roban ni matan por temor?

— Así es, Simón.

— Pero yo no soy delincuente e igual vivo muerto de miedo, papá.

— No estoy hablando de ti, hijo.

— Es que yo no soy el único que siente miedo en nuestra isla. ¿Te acuerdas de nuestros vecinos, los Oliscosos? ¿Acaso ellos sí eran delincuentes y por eso vivían con miedo?

— ¡Ya! ¡Ya está bueno de conversaciones! — gritó papá Puaj—. Ahora debemos prepararnos para escuchar el mensaje de Feoncio II y así conocer las últimas noticias de esa pobre criatura, la princesa Horrible.

— Horrenda, papá.

— Esa misma, y no me contradigas más.

Dando por terminada la discusión, papá Puaj se dirigió hacia el televisor y sintonizó Monstruovisión, mientras mamá Puaj iba rápidamente a la cocina a buscar

unas salamandras fritas y un par de platos de huevos de hormiga picantes. Al volver, todos estaban muy sentados en el living, aguardando las palabras del líder de Isla Viscosa.

Eran las diez en punto y un silencio sepulcral reinaba en la casa Puaj, hasta que se oyó un pitido, y luego una voz femenina (pero de monstrea peluda) de fondo. Mientras la bandera de la Isla Viscosa (con Feoncio I blandiendo una espada) ondeaba al viento, en las pantallas de todos los televisores del país se informaba:

“Estimados súbditos de Isla Viscosa:

A continuación, se dirigirá a ustedes nuestra espantosa y pestilente majestad, el terrorífico Feoncio II. Se les ordena escuchar con atención y, si lo estiman conveniente, pueden tomar notas. Se les exige, además, no distraerse durante esta transmisión, aunque limarse las garras está permitido”.

En ese instante, apareció Feoncio II sentado tras un escritorio de piedra volcánica. No se veía amargo ni rabioso —como era la costumbre de su papá, comentó el tío—, sino preocupado y hasta triste, muy triste. A su lado estaba su esposa Espantosina, con los ojos rojos de tanto llorar (aunque quizás había nacido así, no lo sabemos). Entonces, el gobernante levantó la mirada hacia la cámara y comenzó a hablar:

“Queridos ciudadanos de Isla Viscosa:

Muchos de ustedes son padres y madres. Es por eso que a ustedes, que comprenden mi pena, les pido que me ayuden e informen en caso de contar con cualquier pista que pueda servirnos para dar con el paradero de mi hija. Hoy he perdido a mi espantosa hija y mi negro corazón se ha roto. Por esto mismo, les ruego a quienes la tengan en su poder que la traten con cuidado, que tomen en cuenta que los errores han sido míos y no de ella.

Que es solo una pequeña monstrea y que debe estar muerta de miedo”.



“Miedo”, pensó Simón. “Sí, ella debe sentir mucho miedo”.

Feoncio II guardó unos segundos de silencio antes de terminar sus palabras, mientras su esposa lloraba silenciosamente a su lado:

“Estoy dispuesto a todo para recuperarla. Si me quieren a mí, aquí estoy. Si quieren un rescate, les daré lo que me pidan. No habrá límites para

cumplir con cualquiera de sus demandas. Pero quiero que sepan, también, que si algo le pasa a ella, tampoco habrá límite alguno para mi venganza. He dicho”.

La pantalla se fue a negro y una voz muy ronca y gruñona comenzó a explicar las reglas especiales que había que seguir en estos días. Aparte del toque de queda, los colegios cerrarían sus puertas hasta nuevo aviso. Quedaban prohibidas las fiestas y las reuniones que juntaran a muchos monstruos. Y tanto la Monstrorradio, como Monstruovisión y los Viscosodiaros quedaban sometidos a una nueva ley que les impedía dar cualquier noticia sobre la princesa o sus captores.

— Las cosas están cambiando para peor — comentó mamá Puaj.

— Pero al menos está saliendo a la luz el verdadero país en el que vivimos — rezongó el tío Feti.

El Comando Cosmético reaparece

Al día siguiente, todo parecía en calma... en una extraña calma. Simón se despertó muy temprano: le había costado dormir. Más bien, casi no había pegado pestaña. No podía dejar de pensar en la princesa, una monstra de su misma edad, encerrada y tal vez maltratada por sus captores. Se consolaba diciéndose a si mismo que si había sido el Comando Cosmético, que se supone era un comando justiciero, no debería pasarle nada malo.

¿Pero y si no eran ellos? O ¿qué pasaba si eran ellos, pero igual le hacían daño?

Se imaginó en esa misma situación, aunque ya lo había hecho más de una vez debido al peligro que constantemente corría. Pero a ella le había pasado antes que a él; ella era la perseguida y fue

capturada justo el mismo día en que él creía que iba a tocarle su turno.

Simón ya se había puesto el disfraz, como era su diaria costumbre, y masticaba sus cereales mezclados con piedra pómez, cuando su mamá le habló.

—¿Por qué estás de ese ánimo? Piensa que no tendrás que madrugar para ir al colegio.

—Es que me da pena la princesa, mamá.

—Te entiendo. Y si a ti te pasara lo mismo, yo estaría igual de angustiada que la esposa de Feoncio II, la verdad.

—¿Por qué tenían que raptar a una niña? ¡Ella no ha hecho nada!

—No lo sé, Simón. No entiendo qué pasa por la mente de quienes planearon esto. Lo único que ruego es que a ella no le pase nada irreparable. Y es lo mismo que espero si alguna vez nos descubren.

—Ay, mamá, creo que saldré a jugar mejor...

— ¡Pues no te olvides de revisar tus garras, tus orejas y los dientes filudos!

Cuando Simón cruzó la puerta, a primera vista su barrio se veía igual que siempre. Pero bastaban unos pocos minutos para darse cuenta de que por la calle pasaban autos de la guardia del castillo demasiado seguido. Y que era cosa de mirar al cielo para contar más de un globo aerostático de vigilancia, mientras los policías se paseaban por las veredas vecinas una y otra vez.

Esto fue lo primero que comentaron los amigos del barrio — Apestoso y Grasoso, entre ellos —, junto con la noticia de la suspensión de clases. El tema siguiente fue, obviamente, el de la princesa Horrenda.

— ¿Qué irán a hacer con ella?

— A lo mejor la fríen y se la comen.

— No creo que tenga muy buen sabor y, además, si piden dinero, pueden comer lo que quieran después.

— Como dos millones de hamburguesas de topo con salsa de sangre de iguana, ¡Mmmm!

— O tres millones de pizzas de ratón con hanta y gato atropellado con crema de espinillas.

— O cuatro millones de...

— ¡Basta! — dijo Simón —, no sé cómo pueden hablar de comida cuando una alumna de nuestro colegio corre peligro.

Todos bajaron la vista con algo de vergüenza y es que, la verdad, se habían pasado de monstruos. Simón tenía razón: por muy princesa que fuera, Horrenda era una de sus compañeras de colegio. Y tal vez podría llegar a ser una amiga.

— ¿Saben qué, camaradas? — comenzó a decir muy bajito Simón —, creo que sé algo sobre los raptos...

— ¡¿Qué!?! — gritaron todos a coro.

— ¿Se acuerdan de Bob, mi vecino?

Fue justo en ese momento cuando algo comenzó a caer sobre ellos. Eran

montones de pequeños papeles con la foto de una monstrua que, supieron de inmediato, no era Horrenda. La de la foto tenía solo dos ojos y no causaba temor. Al contrario, era más amigable que temible. Y encima del retrato decía:

**“FIN A LA LEY FEA
SOLO PEDIMOS LA VERDAD”**

Simón levantó la mirada y apenas alcanzó a distinguir la estela del avión desde el cual habían caído los panfletos.

Cuando, junto con sus amigos, comenzaron a recoger algunos de estos papeles, los policías les ordenaron que volvieran rápidamente a sus casas y que botaran de inmediato esa “propaganda sediciosa”.

Simón alcanzó a meterse uno de los papeles en el bolsillo, justo antes de correr hacia su hogar.



El misterio principesco

Tío Feti agarró el papel y lo desplegó para mirarlo bien, con la misma lupa que había utilizado hace años para explorar a su recién nacido sobrino.

—Lo que piden sobre la ley lo entiendo perfectamente. Pero la foto de esta monstrea, ¡ni idea!; como tampoco sé a qué “verdad” se están refiriendo.

—A ella la mandarían a la isla igual que a mí, ¿cierto tío?

—¿A la que aparece en la foto? Por supuesto. Ambos calificarían como “poco feos” según esta perversa ley, la que debieran eliminar porque...

Justo en ese instante papá Puaj entró a la casa, por lo que su hermano alcanzó apenas a cerrar el hocico antes de que le llegara un buen reto.

—Hola familia, ¡nos acaban de dar el día libre!

—¿Y por qué, mi horror? —preguntó la señora Horry, saliendo de la cocina.

—Es que la ciudad fue tapizada de unos panfletos que nadie entiende, lo que, sumado al conflicto por la Ley Fea, causó una alerta en la seguridad del palacio. De hecho, se anunció una nueva cadena nacional para el mediodía.

—¡Pero faltan solo unos pocos minutos!

—Así de urgente parece ser este tema. Vamos, sentémonos a ver qué tiene que decirnos ahora nuestro líder.

—El mismo que mantiene la Ley Fea, papá.

—¡Cuida esa boca, Simón!

Los Puaj sintonizaron Monstruovisión, atentos a lo que vendría tras la imagen de la bandera ondeando en la pantalla. Se escuchó la misma voz femenina invitando a prestar atención a

las palabras de Feoncio II, quien apareció nuevamente junto con su esposa, ambos con el rostro más cansado y los hombros aún más bajos. Apenas él abrió la boca (o, bueno, esa cosa repleta de colmillos) un ruido intenso y distorsionado comenzó a salir por los parlantes del monstrovisor, al punto que papá Puaj tuvo que pararse a bajar el volumen.

Lo que se escuchó era otro mensaje que nada tenía que ver con Feoncio II. O, más bien, que tenía realmente mucho que ver con él:

“Es el Comando Cosmético el que habla, monstruosos ciudadanos, y deseamos comunicarles que somos los responsables de la desaparición de la princesa, quien está sana y salva. Si alguien tiene alguna duda al respecto, diríjense ahora mismo al lugar donde fue vista por última vez. Un sitio en el que esperamos que la verdad sea revelada”.

Antes de que finalizaran estas palabras, los padres de la princesa se habían parado y salido fuera de pantalla.

El silencio que siguió a esta escena fue quebrado por el golpe de la puerta cerrándose tras el tío, que salía a la calle. Nadie quería perderse la liberación de la princesa en las puertas de la escuela. Y, menos, saber cuál era aquella “verdad”.

La linda verdad

Era como si alguien hubiera ofrecido regalos para todos. Monstruos de todos tipos y tamaños caminaban, volaban, reptaban y corrían en dirección a la escuela: una verdadera marea inhumana, de la que los Puaj formaban parte.

A una cuadra de la escuela ya se veía a todo tipo de monstruos de seguridad, y a metros de la entrada se había alzado una barrera metálica. Simón, junto a Grasoso y Apestoso, se subieron a un árbol para ver mejor. Fue desde arriba que divisaron a la princesa siendo abrazada, apretujada y besada por sus padres, en la puerta de la escuela. No había forma de saber cómo estaba, hasta que Feoncio II y su esposa Espantosina detuvieron su emotiva bienvenida y se hicieron a un lado.

—Qué extraño... no tiene sus alas. ¿Se las habrán roto para torturarla?— se preguntó Apestoso.

—Y en verdad que se ve distinta... muy distinta a la princesa —opinó Grasoso.

—Yo diría que sí es la princesa, camaradas. Y también que es la misma monstrea de la foto que lanzaron esta mañana.

La multitud tampoco entendía el porqué de estos cambios en el aspecto de Horrenda. Conversaban y discutían entre ellos, algo perplejos y confundidos, hasta que se escuchó un grito en medio del bullicio: “¡Queremos la verdad!”.

Algunos se callaron de golpe y otros se preguntaban “¿qué verdad?”, cuando nuevamente se escuchó el mismo grito, pero esta vez desde otro sector. Y luego otro, y otro más. No eran tantos los que gritaban, pero como la multitud se fue quedando prácticamente muda, la fuerza de estos se fue haciendo cada vez mayor.

A pesar de que Simón tampoco sabía a qué verdad se referían, de todos modos se sumó a la demanda. A lo mejor sentía que al vivir tantos años en la mentira, de alguna u otra forma toda verdad ayudaba.

Los monstruos guardianes del palacio se notaban nerviosos. Contener a esa enorme masa sería una labor casi imposible, por lo que muchos de ellos comenzaron a preparar sus armas: esto podía terminar en una sangrienta tragedia.

—“¡Verdad ¡Verdad! ¡Verdad!”

—¡Les diré la verdad! —gritó Feoncio II, micrófono en garra y armándose de valor—. Queridos súbditos, la verdad es esta: yo solo quiero ser un buen padre. Por eso, durante años me he negado a una dura realidad... y esta es que mi hija... mi hija no es fea. Es ella la que sale en los panfletos lanzados esta mañana. Es ella, tal y como es, sin aquellos disfraces con los que la he obligado a vivir desde pequeña. Y hoy,



mis apreciados ciudadanos, asumo esa verdad frente a todos ustedes.

Se alcanzaron a escuchar algunos murmullos y conversaciones en medio del absoluto silencio, hasta que Feoncio II continuó:

“Ya les dije que quiero ser un buen padre. Lo que no les he dicho, es que también he intentado ser un buen hijo, y es por eso que he conservado la obra de Feoncio I. Ustedes son testigos de algunos cambios que he realizado y que a mi papá le hubieran causado un nuevo ataque. Y es que siempre he batallado entre lo que él quería y lo que yo quiero... Apuesto a que a más de alguno de ustedes les ha pasado algo semejante.

La Ley Fea era su máximo orgullo y, hasta ayer, yo no había tenido tan claro que también fue su máxima equivocación. Si no le hubiera escondido la realidad sobre su nieta, tal vez podría haber cambiado de parecer. O a lo mejor no, y ese era mi gran temor...

Pero hoy es un día para decir verdades. Y también es un día perfecto para eliminar esta ley en Isla Viscosa. A partir de hoy, proclamo que todos los monstruos serán considerados iguales, sin importar su aspecto o condición.

Mañana tendrán más noticias sobre esta reforma, mientras los integrantes del Comando Cosmético retornan a la legalidad. He dicho”.

En medio del silencio total, algunos monstruos comenzaron a moverse. Estaban haciendo lo mismo que Simón: sacándose sus disfraces para mostrarse tal y como eran.

—¡Ohhh, nunca pensé que fueras así, Simón! —alcanzó a decir Grasoso antes de abrir sus ojos como platos al ver que su primo Apestoso también estaba despojándose de sus prótesis.

Garras, dientes filosos, ojos postizos, trozos de piel y de escamas, colas y alas, antenas y orejas gigantes; todo fue cayendo al igual que la gran



mentira en la que habían vivido sus portadores durante años.

No hubo aplausos ni vítores. Habían sido demasiados años viviendo con miedo. Y ese tiempo perdido pedía más luto que fiesta.

Mientras caminaba junto con sus padres y su tío, Simón sintió que sus pies apenas tocaban el suelo: así debía sentirse ser libre. Al entrar en su patio, los Puaj miraron hacia la casa vecina. Las luces estaban encendidas. Los Oliscosos habían vuelto a su hogar.

El tío Feti sonreía en silencio, mientras que Horry y Espanta se veían pensativos, aunque no por eso dejaron de mirar hacia su hijo con una adoración gigante que brillaba en sus ojos.

Y es que se había producido un cambio: Simón pesaba muchos kilos menos. Ahora sentía que ese cuerpo era realmente suyo, que ahora podría vivir tal como era. Sin disfraces.



Epílogo



Para quienes estén interesados en saber qué más pasó, pues fue lo esperable: la princesa Horrible y Simón se conocieron, se enamoraron, crecieron y después se casaron, por lo que Simón pasó a ser el tercer rey de Isla Viscosa... No. No es verdad. Pero pueden estar seguros de que las cosas cambiaron en ese lugar.

Esto fue lo que pasó con los monstruos, porque en lo que toca a los humanos, todo es mucho más sencillo, ¿no? Aunque, ¿se han preguntado cómo sería si tuviéramos una Ley Linda? ¿Una ley que discriminara a los feos y que favoreciera a los que son más bonitos? ¿Una ley que les diera mejores sueldos y trabajos en la televisión o que los hiciera

salir más en los diarios y en la publicidad de las multitiendas?

Por suerte, eso no es así.

Parece que no es así...

¿O sí?

FIN



Índice



Comienzo y advertencias	7
Grandes problemas, grandes soluciones.....	14
El ayudador de la familia	17
Garras y tentáculos a la obra	20
Maestros de la mentira	23
Un extraño día de clases	30
Estado de peligro feo	36
El Comando Cosmético reaparece ...	44
El misterio principesco	50
La linda verdad	54
Epílogo	62
Biografía del autor	67

ESTEBAN CABEZAS

Don (porque ya está pelado y es un vejete) **Esteban Cabezas** (Santiago, 1965) es un periodista dedicado a comer. Y le pagan por eso. Es lo que se conoce como “periodista gastronómico” (y como guatón, también). Tiene tres hijos y ha escrito más de diez libros, todos para niños. También se ha ganado algunos premios, pero ya se los gastó todos (en el dentista de los tres hijos).

Entre los personajes creados por este “escritor” (jura) se encuentran Julito Cabello y María La Dura. También un niño con bigote y un fantasmal niño semihuérfano. Su debut en editorial Alfaguara fue el año 2012 con el personaje de una niña a la que se pierden sus “patatillas”, creado a la par con su adorada (y flaca) socia Alejandra Acosta. Ahora nos cuenta la historia de Simón Puaj, un monstruo horrosamente lindo.

Aplausos: clap, clap, clap.

Don (pues en sus pedos y es un viejo) Esteban
(Caldeas (Esteban, 1968) es un periodista de
a comer. Y la paga por eso. Es lo que se
como "periodista gastronómico" (y como
tantos. Tiene tres hijos y ha escrito más de
libros, todos para niños. También se ha
nos parece que ya se los ganó todos (en
dentro de los tres hijos).

Hacer los periódicos meados por este "escrito"
(que) es escrito de Esteban Caldeas y María La Dama.
También se hizo con hijos y un fantasma
comentando. Se dio en editorial Aljaraque por el
año 2012 con el porcentaje de una niña a la que se
piden sea "guatita", cuando a la par con su
suegra (y hija) se va a jugar. Ahora nos
cuenta la historia de Standa Luj, un
procedimiento lujoso.

Aplausos clap, clap, clap



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2014, en los
talleres de CyC Impresores Ltda.,
ubicados en San Francisco 1434,
Santiago de Chile.

DESDE 8 AÑOS

El horroroso monstruo lindo

Esteban Cabezas

Ilustraciones de Leonardo Ríos

En Isla Viscosa las cosas parecen funcionar espantosamente bien: sus monstruosos habitantes viven tranquilos, regulados por la "Ley Fea", una ley que exige ser un espanto absoluto. Pero en la ilustre familia Puaj la tranquilidad se acaba cuando nace su primogénito, Simón... ¡Horrooor, es el monstruo más bello que se haya visto nunca en ese país! Y ahora, ¿cómo hará Simón, junto con su familia, para escapar del castigo que le espera por ser diferente?

ALFAGUARA

INFANTIL

ISBN: 978-956-152-421-7



9 789561 524217